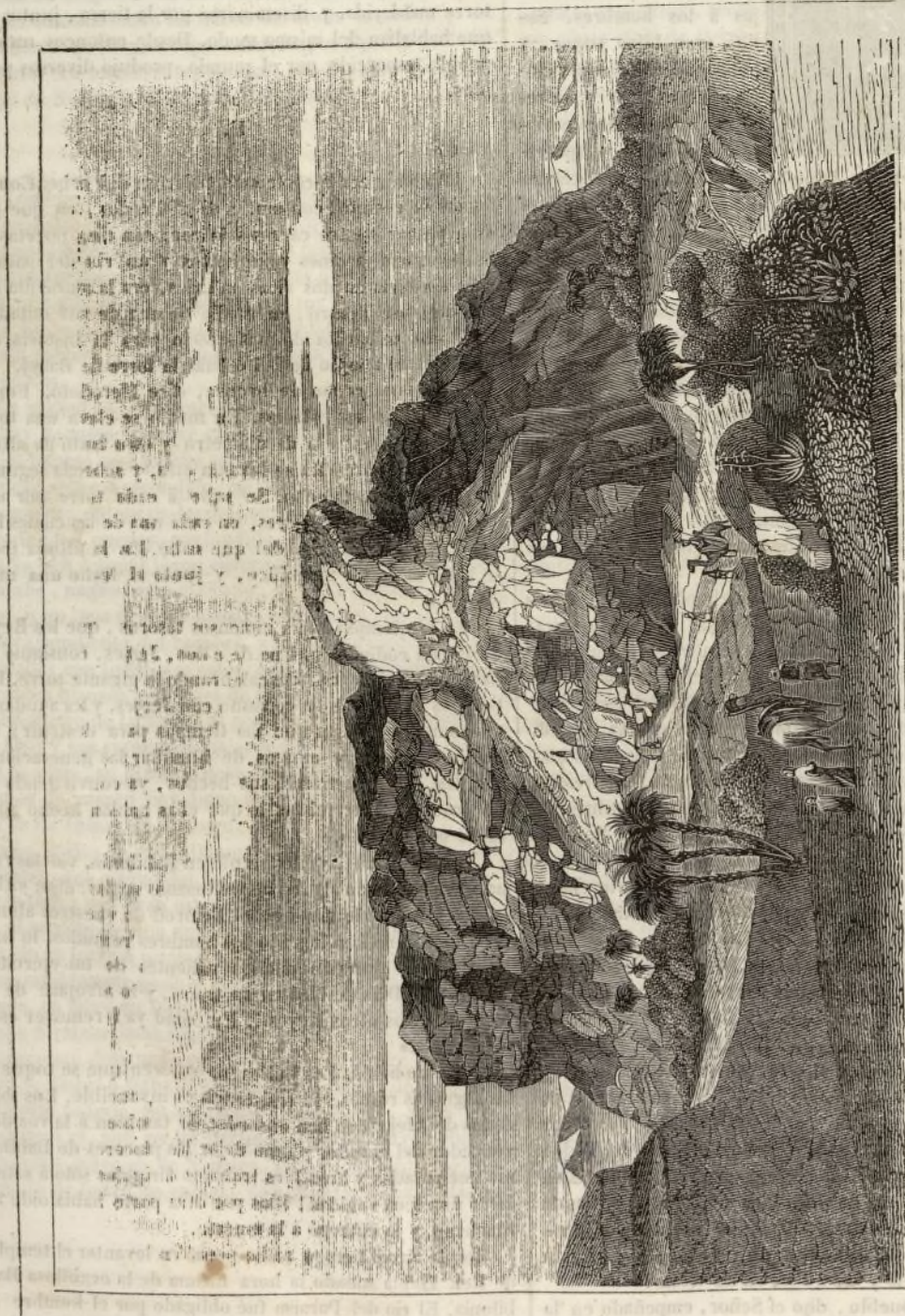


ANTIGUEDADES.



RUINAS DE LA TORRE DE BABEL

I.



RES siglos poco mas ó menos habian corrido desde la universal inundacion de la tierra, y un anciano venerable daba todavía consejos á los hombres. Todos eran hijos suyos, y todos contenian sus viciosas inclinaciones y refrenaban sus violentas pasiones, dóciles á la voz paternal del predilecto de Jehová, del libertador del género humano en la tremenda catástrofe con que la divina Justicia habia querido escarmentar al hombre.

La frágil naturaleza humana, empero, con el corazón dañado, luchaba inútilmente contra las astutas pasiones, contra los temibles vicios que redoblaban sus ataques cada día con mas frecuencia. Poco á poco se perdió la memoria de los consejos del virtuoso anciano, y se perdió también el amor y el temor al Omnipotente.

Los insensatos hijos de Noé descendieron á la planicie de Sennaar; cubrieron la *llanura de las aguas*, donde despues se fundó Babilonia. Se habian multiplicado extraordinariamente: no habia ya campos que les bastasen, y de acuerdo con la voluntad del Altísimo, debian separarse en colonias, dividirse en pueblos, y llenar los ámbitos de la tierra.

«¿Y qué, dijeron con arrogancia impía, no ha de quedar memoria á la posteridad del día de nuestra separacion? ¿Habrà de perecer nuestro nombre en el sepulcro, como el de esos hombres? que nada hacen para la gloria? Hagámonos inmortales; fabriquemos ladrillos cocidos al fuego, y uniéndolos con betun, levantemos una ciudad, y en medio una torre que se esconda en el cielo, una torre que veamos desde los confines del mundo, que resista á las llamas y á un segundo diluvio.... Los hombres de todos los siglos verán la última obra del género humano reunido.»

—«Hagamos una torre que llegue al cielo!» clamó Nemrod, jefe de los impíos. «Quiero ir á visitar en su escelso trono al Dios de Noé.»—Los titanes empezaron entonces la guerra con los dioses, segun las tradiciones de la mitología.... Los hombres y las mugeres, como aseguran los orientales, trabajaron afanosos unos cuarenta años, día tras día, en aquella obra colosal; no descansaban para ver luego cumplidos sus locos intentos.

Va tenia de altura 27,000 pasos, segun el Jalkut de los judíos. Segun otro de sus libros, tenia mil pasos por cada uno de los 70 ángeles que rodean el trono del Todopoderoso, mas segun S. Gerónimo solo tenia 5,000. Aun así era ya once veces mas alta que la mas alta pirámide de Egipto, once veces mas alta que el mayor monumento conocido; sin embargo, ¿cuánto no les faltaba todavía para escalar el cielo y ver á Dios en su trono!

«Hé aquí un pueblo, dijo el Señor, empeñado en la inútil obra de criminal soberbia; obstinado en llevar á

cabo un imposible, y olvidado enteramente de mis leyes....» «Que su lengua se confunda, y no entienda cada uno las palabras de su prójimo.» Dijo, y cada uno habló y no fué entendido.

A un momento de silencioso espanto sucedieron crueles horas de terrible algazara, de desesperada confusion. Pocos habian conservado el idioma de sus padres; los mas tenian diverso lenguaje. Fué necesario suspender la torre maldecida, y diseminarse por la tierra, juntos los que hablaban del mismo modo. Desde entonces un solo pueblo, esparcido por el mundo, produjo diversos pueblos.

II.

Babilonia era la corte mas poderosa del orbe. Con 24 leguas de recinto, con muros de 200 codos, en que podian pasear cuatro carros á la par: con cien puertas de bronce, con jardines voluptuosos y un rio del paraíso para dividirla en dos ricas mitades, era la maravilla del Oriente; pero dentro, en medio de una de sus mitades, tenia una maravilla de mas precio para la historia del hombre—el templo de Bel ó Baal, la torre de Babel.

«Sus puertas son de bronce, dice Herodoto. Forma un cuadro de dos estadios. En medio se eleva una torre que tiene un estadio de diámetro y otro tanto de altura (600 pies). Sobre ella se levanta otra, y sobre la segunda una tercera hasta ocho. Se sube á cada torre por una série de ramplas exteriores, en cada una de las cuales hay asientos para descanso del que sube. En la última torre se halla un lecho magnífico, y junto al lecho una mesa de oro.»

En ese templo habia inmensos tesoros, que los Reyes de Persia codiciaban. Uno de ellos, Jerjes, consiguió robarlos á viva fuerza, descalabrando la gigante torre. Los tiempos trabajaron de consuno con Jerjes, y les ayudaron los hombres, peores que los tiempos para destruir; los hombres, siempre amigos de humillar las generaciones pasadas, ya deslustrando sus hechos, ya convirtiendo en despreciables escombros lo que ellas habian hecho suntuoso monumento.

Alejandro el Grande triunfó en Babilonia, vió las ruinas de Baal, y en alguna de sus insanas orgías, dijo: «Alejandro hoy puede mas que el Nemrod de vuestros abuelos: lo que no han logrado los hombres reunidos, lo han de conseguir por vida mia los valientes de mi ejército. Yo veré al Dios de Noé en su trono, y lo arrojaré de él como á tantos otros Reyes... Empezad ya á remover esos escombros.»

En vano habló. Los judíos no quieren que se toque á las sagradas ruinas; su resistencia es invencible. Los soldados de Alejandro han ensordecido también á la voz del vencedor del mundo. ¿Cómo dejar los placeres de Babilonia por pesados y humildes trabajos dirigidos solo á satisfacer una loca vanidad! Dios por otra parte habia oído al blasfemo, y lo entregó á la muerte.

Desde aquel tiempo nadie pensó en levantar el templo de Bel. Habia sonado la hora última de la orgullosa Babilonia. El rio del Paraíso fué obligado por el hombre á seguir otro camino, y á dejar en seco el anchuroso cuadro

abierto para él en medio de la ciudad. ¡Adios muros, jardines, palacios y torres! ¡Adios Babilonia! Ha desaparecido de la faz de la tierra, como las fantásticas creaciones de los ensueños al despertar.

La torre de Babel ha quedado solo en la historia, como tantas otras maravillas del tiempo que pasó, que unas veces sirven de risa á los incrédulos, otras de tormento á los sábios ocupados en recorrer los siglos que fueron. Quedó también entre las tribus del árabe errante, y en las aisladas poblaciones que bordean por aquella parte el Éufrates un nombre tradicional; el de *Bers-Nemrod*, burgo de Nemrod; el de ruinas de Babyl.

III.

«Las ruinas de Babel existen,» dijeron á una voz, hace doscientos años, muchos cristianos que volvían del Asia á Europa libres del cautiverio. «Las cercanías de Bagdad darán testimonio de nuestras palabras.»

Pero los hombres no dieron fé á sus palabras, porque entre los hombres no basta decir verdad; es preciso hacérsela palpar, y aun entonces queda un sinnúmero de incrédulos.

La verdad es fuego escondido entre leña verde; hasta que hay hoguera no se ve el fuego, y no hay hoguera hasta que el tiempo seca la leña en que el fuego ha de cebarse. El fuego está ya escondido, no debe tardar en encenderse la hoguera; entonces desvaneceránse las tinieblas, y la incredulidad quedará confundida.

¿No veis á aquel joven europeo, montado en un caballo árabe, negro como el ébano, y veloz como el relámpago, y en pos del cual cabalga otro joven con abultada cartera pendiente del hombro, y mas atrás media docena de árabes con turbantes color rojo de Andrinópolis, albornoces blancos y alfanjes de damasco en su diestra?

Es Pietro de la Valle, el célebre italiano que destinó sus años y sus riquezas á viajar por el Asia. El otro joven que le sigue, su pintor; lleva en la cartera los preciosos dibujos de cuanto hay digno del arte en Oriente. Vuelven de las ruinas de la torre; oidles.

«En medio de vasta llanura, á una media milla del Éufrates, que corre aquí hácia Occidente, se levanta sobre la tierra una gran masa de fábrica arruinada, que tiene el aspecto de una montaña. Forma un cuadrado terminado en torre ó pirámide, cuyo circuito medido lo mas aproximadamente posible es de 1134 pasos. Sus dimensiones, su sitio, su forma, todo se refiere exactamente á lo que Strabon llama sepulcro de Belus, y que debe ser el monumento designado con el nombre de Torre de Nemrod, de Babel ó Babyl, como los habitantes de este pais le llaman todavía. Su elevacion sobre el suelo varia mucho; pero es, aun en las partes mas bajas, mayor que los mas altos palacios de Nápoles. Tiene una vista informe como la de todas las ruinas, con grandes desigualdades:

ora se ven ásperos repechos, suaves pendientes, que se pueden subir fácilmente, ora los profundos y sinuosos cauces abiertos por las aguas de las lluvias. No se encuentra la menor traza de escaleras ni de puertas, lo que confirma la opinion de que se subia por ramplas exteriores, que como partes débiles del edificio, debieron arruinarse las primeras....» «Son los materiales de su construccion de lo mas curioso del mundo; consisten en ladrillos grandes y gruesos, secos solamente al sol, y cimentados con cierta clase de tierra; algunos estan cocidos al fuego. Para mayor solidez, de distancia en distancia, estan mezcladas con la tierra capas de cañas picadas ó de paja. No me queda duda que esta es la antigua Babel, la torre de Nemrod, á quien Josefo y Eustichio llaman Rey de los hijos de Noé, en el tiempo en que se dispersaron por el mundo.»

Lo mismo ha visto, poco mas ó menos, el inglés Rich en 1813, y si todavía quereis mayores confirmaciones, acompañad á Sir Ker Porter; salid con él de Bagdad, y veinte leguas mas al mediodia hallareis las ruinas de la loca obra de los *titanes*.

El murmullo armonioso del *rio de la fertilidad* se oye á lo lejos. Los bosquecillos de plátanos halagan de trecho en trecho al viajero con su deliciosa frescura, pero tal vez el tigre oculto en la frondosa copa espía el momento de lanzarse sobre su presa. Los saúces de Babilonia, siempre llorando la desgraciada suerte de la corte de Semíramis, aparecen aquí y allí cargados de dolorosos recuerdos.

«¡Mirad!» gritan los guías, y una colina de erguida cumbre se presenta á los ojos ansiosos en medio de la llanura sin límites. Esa llanura es la planicie de Sennaar; esa colina es la torre de Babel, el monumento de la dispersion de la familia de Noé, cuando le plugo á Dios de una familia formar naciones.

Gritan los árabes; gritan y silban con todas sus fuerzas. Los leones del desierto, al oír esos gritos, descienden con majestuoso paso de en medio de las ruinas, en donde se calentaban al sol, como los perros del pastor al pié de la cabaña. Dijera Pitágoras al verlos, que eran almas de los impíos vasallos de Nemrod, destinadas á perpetua centinela de su torre.

Estamos al pié de ella. Su base oblonga tiene 1280 pies. Alzase al O en forma casi piramidal, y se distinguen todavía tres de los ocho tramos de que habla Herodoto. Estan unidos sus débiles materiales por cemento tan fuerte, que es imposible desprender el menor fragmento, un solo ladrillo para copiar las inscripciones que todos tienen en su cara inferior.

Veinte y dos siglos han pasado desde Herodoto hasta Sir Ker Porter. Herodoto no ha sido desmentido. El templo de Belo, que él describe, es la torre de Babyl de Pietro de la Valle; la torre de Babyl las ruinas imponentes que al mediodia de Bagdad forman una montaña.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

CUENTOS MORALES.

SIN CASA NI HOGAR.

No hace mucho tiempo que se verificó en París una brillante y magnífica boda entre uno de los mas acaudalados banqueros, Mr. Andres J..., y la señorita de V..., hija única del Marqués de V..., antiguo embajador y Par de Francia. Semejante acontecimiento no es difícil que haya pasado desapercibido aun para los que en España gustan de leer periódicos franceses, y que de seguro no se habrán parado á descifrar las iniciales, por mas que el *faits divers* (1) hiciese notar la gran pompa y solemnidad con que dicho matrimonio se celebró en la capilla del palacio de Luxemburgo y en el suntuoso palacio de M. J.... Nosotros de buen grado dispensaríamos al lector español de tales reminiscencias, si no fuesen hasta cierto punto precisas para conocer un extraño y curioso episodio que amenizó ese enlace aristocrático.

Era la mañana del día señalado para la boda, y en tanto que los carruajes de Mr. Andres le esperaban en el patio, y que él mismo estaba aguardando á los testigos en un salon dorado desde el cielo raso hasta las alfombras, un ayuda de cámara entró á anunciar *los sastres de su excelencia*.

Entraron efectivamente en el salon diez sastres, cada uno con un grueso paquete de ropa debajo del brazo, y mirándose unos á otros sin dejar de reirse, como gente que se parece un poco á los arúspices romanos, fueron colocando con cuidado encima de los magníficos sillones, cincuenta trajes completos de deshollinadores, ó limpiachimeneas saboyanos. Mr. Andres se puso á examinar uno por uno, dando muestras de entendido en el ramo, esta coleccion de chupas, chalecos y pantalones de sayal, y no habiéndoles encontrado ningun defecto de marca, distribuyó sobre unos ocho mil reales entre los diez sastres, que se retiraron con cierto aire que denotaba la estrañeza que semejante encargo les habia producido.

Trás de los sastres entraron los sombrereros con otras cincuenta gorras; en seguida los roperos con cincuenta camisas; despues los almadreños, con cincuenta pares de zuecos, y por fin los guitarreros con cincuenta gaitas. Toda esta gente se fué marchando á medida que recibian sus honorarios, saliendo á cual mas sorprendidos y preguntándose unos á otros si tales preparativos serian para algun chasco ó solamente por apuesta.

Entonces Mr. Andres mandó llamar á todos sus criados y les habló de esta manera:

(1) Título bajo el cual colocan los periódicos franceses toda la seccion que entre nosotros se llama *Crónica* ó *Gacetilla*.

—Vais á distribuiros por todos los barrios de París con el objeto de convidar á comer conmigo á cuantos deshollinadores encontráreis, ofreciendo un luis á todos los que aceptáren el convite; y en teniendo cincuenta los reunireis y regresareis con ellos. En mi sala de baño encontrareis todo lo necesario para limpiarlos de pies á cabeza, y concluida esta operacion les hareis tomar estos vestidos, cada uno segun su talla, sentándose en seguida á la mesa en esta habitacion, mientras que nosotros con los demas convidados comemos en la inmediata.

Aturdidos quedaron los criados con semejante disposicion, que se repetian mutuamente con el objeto de comprender que no estaban soñando.

Era una de esas mañanas mas terribles de invierno: el hielo habia sucedido á la nieve: el sol iluminaba débilmente los témpanos que colgaban de los tejados, como si no se atreviese á deshacerlos; hacia en fin un día propio para dar fuego á todas las chimeneas, verdaderamente un día de deshollinadores.

Corrieron, pues, los criados de Mr. Andres á ejecutar una órden, cuyo objeto no podian comprender; y no les costó mucho trabajo el darle cumplimiento, como pueden suponer muy bien nuestros lectores.

La noticia voló de chimenea en chimenea á manera de parte telegráfica, y en menos de dos horas nadie hubiera encontrado un saboyano para deshollinar su chimenea, aunque mediase peligro de incendio. Hallándose por consiguiente embarazados los criados de Mr. Andres con la escesa concurrencia para hacer la eleccion, entresacaron los mas negros, los mas súcios y los mas andrajosos; de modo que cuando entraron con ellos en el hermoso palacio de Mr. Andres, no parecia sino que los ciclopes de Vulcano habian tomado por asalto el alcázar de Júpiter. El contraste fué mas notable aun, porque á la entrada estas mugrientas y desastradas figuras, se reunieron con la brillante comitiva nupcial que se apeaba de los carruages que venian del Luxemburgo. Por una parte lujosas libreas guarnecidas de plata y oro, vestidos de seda y terciopelo, encajes y dijes, los *dandys* mas elegantes y las mugeres mas bellas de París; y por otra aquellos rostros tiznados de humo y de hollin, los cabellos revueltos en forma de matas, y los harapos colgando sobre el cuerpo medio desnudo.

En tanto que los brillantes convidados volvian los ojos hácia sí mismos como para preguntarse qué significaba semejante espectáculo, Mr. J... clavó los suyos de una manera tierna y melancólica, como si se estuviese

preguntando á sí mismo: «¿Dónde está la felicidad, aquí ó allí?»

—Aquí está, respondieron sus lábios, imprimiendo un beso en la blanca mano de su encantadora esposa. Despues de esta muestra de galantería, Mr. Andres hizo entrar á la última en la principal estancia, como á una reina á quien se ofrecia aquel palacio; no sin haber hecho primero una seña á sus criados para que cumpliesen sus órdenes respecto á los deshollinadores.

Habia pasado una hora de esto, cuando un arroyuelo negro como la tinta atravesaba el patio y corria á confundirse con la cloaca de la calle. Ya supondrán nuestros entendidos lectores que aquel arroyo no podia ser otra cosa mas que la lejía en que se habian purificado los cincuenta deshollinadores saboyanos que precisamente en aquel mismo momento salian del baño, tanto mas blancos y rubios, mas frescos y rozagantes, cuanto que en realidad habian mudado la piel, viendo esta por la primera vez aquel día la luz y el aire. Al ver semejante transformación, cualquiera hubiera dicho que aquella turba de horribles demonios se habia convertido en un coro de querubines.

Entretanto habia sonado la hora del festin. Mil luces que salian de los caprichosos adornos de bronce y oro, iluminaban el palacio. Despues de haber recorrido los convidados los aposentos destinados á los recién desposados, y enriquecidos con todo cuanto puede inventar la fecunda imaginación de un millonario, habian llegado á colocarse en torno de una magnífica mesa, guarnecida con el mas delicado gusto, y habíanse olvidado completamente de la aparición de los deshollinadores.

Entonces se abrieron de repente las dos hojas de una enorme puerta: entonces apareció al lado de la sala en que estaban, un gran salon iluminado como esta, y guarnecido tambien con un banquete espléndido en cuyas mesas se veian numerosos y alegres convidados; no parecia sino una gran decoración teatral, ó uno de esos efectos de magia producidos por la varilla de un encantador.

Al ver semejante espectáculo todos los convidados exhalaban un grito de sorpresa, excepto Mr. Andres y su esposa que cambiaron una sonrisa de inteligencia. Pero pronto reconocieron á los horribles saboyanos de la mañana convertidos en guapos rapazuelos y todos vestidos de nuevo, con calzado nuevo y gorros nuevos, danzando y cantando al compás de sus nuevas gaitas, y dispuestos á comer con vajilla de plata y á beber en copas de cristal de roca.

Parecia esto una vision de la Saboya, tal como la describen los poetas y los pintores; no faltaba mas que las cabañas humeando y los montes coronados de nieve. Interrumpiendo entonces Mr. Andres el silencio de los convidados, á quienes un sentimiento de admiración habia sellado los labios, y despues de ocultar con una de sus manos los ojos preñados de lágrimas, mientras que con la otra estrechaba las de su esposa, dijo:

—Amigos míos, espero que VV. me perdonen este capricho, contemplándome hoy el mas feliz de los hombres, he querido hacer partícipes de mi felicidad á los mas desgraciados.

Esta noble explicación fué unánimemente aplaudida por todos; mas si bien no faltaba quien la supusiese incompleta y esperase con ansia que se descorriera completamente el velo del misterio, que con aquella solo se habia dejado ver por un pequeño lado, unos y otros, grandes y pequeños, desempeñaron sus funciones manducatorias á cual mejor. Los pequeños especialmente se desquitaban en una hora, de todos los días de abstinencia que habian sufrido durante su corta vida. Las carnes mas esquisitas, las salsas mas apetitosas, los frutos mas raros y hasta los vinos mas inspiradores, encontraron en ellos dignos apologistas, que proclamaban la supremacia de lo bueno, de lo escogido, de los bien compuesto y aderezado. Estos arranques no eran sin embargo suficientes para hacer creer que se hubiese abusado en lo mas mínimo de la abundancia de manjares y bebidas que por do quiera se ostentaba, y la razón de los saboyanos estaba en su lugar, ni mas ni menos que si con un freno la tuviesen sujeta los varios ayudas de cámara que en torno suyo se paseaban con la vista fija y atenta á sus acciones, vigilando para que ninguno pudiera estraviarse. A las primeras emociones sucedió un silencio profundo, resultado tal vez no de sobra de meditación, sino de falta de fuerzas para hablar, fuerzas que hacía otros órganos eran llamadas con premura en aquellos momentos, á desempeñar funciones de mayor monta y trascendencia. Este silencio fué solemnemente interrumpido por Mr. Andres, el cual dirigiéndose á los deshollinadores, les preguntó con visible emoción:

—¿Qué tal vá, hijos míos? ¿Podré lisonjearme de haber conseguido mi objeto? ¿Os contemplais felices?

Los rapaces contestaron, dando palmadas y gritos de alegría que no debian dejar duda alguna de su entera conformidad con la pregunta.

—Por cierto que nos hemos divertido para todos los días de nuestra vida, contestó uno de los mayores, que estaba muy lejos de creer en la amargura de sus palabras.

—¿Cómo, para toda vuestra vida, exclamó el banquero! ¿Pues qué, no podeis llegar á obtener por vosotros mismos esa felicidad, y hacer al mismo tiempo la dicha de otros, si es que la dicha consiste en la riqueza? Yo os lo voy á probar, refiriendo una historia que no os dejará duda alguna de cómo los deshollinadores pueden convertirse en millonarios.

Al oír esta palabra eléctrica de *millonarios*, las cien orejas de los deshollinadores se enderezaron, como las de los caballos que se disponen á correr al combate.

—Sí, amigos míos, prosiguió Mr. Andres, de vosotros depende tener un gran palacio, salones dorados, ricos carruajes y comer diariamente como hoy. Oíd la historia de un saboyano que he conocido mucho mas miserable que vosotros. Esta lección merece tomarse como un regalo de boda.

«Erase un deshollinador mas pequeño que el menor de todos los que aquí os encontrais reunidos. Llamábanle *Sin casa ni hogar*, porque no tenia padre, ni madre, ni asilo en parte alguna. Las gentes de su lugar diéronle un rascador, unas rodilleras, una jaula y un gavilán; pusiéronle un pan debajo del brazo y un palo en la mano

mostrándole la Francia allá en el horizonte, le dijeron: «Marcha á la buena de Dios.» Sin casa ni hogar partió contento y satisfecho: perdió de vista el campanario de su aldea, recurrió á su pan, dióle tambien al pájaro, pero pronto dió fin á tan reducida provision. Entonces tuvo

que andar de aldea en aldea, cantando por un sueldo, bailando por dos, limpiando una chimenea por un poco de sopa, y durmiendo con el ganado, ó á campo descubierto. Mas de cien leguas habia andado de esta manera, cuando en un grande bosque se vió sorprendido por la



Nieve: mientras sus piernas se lo permitieron, no se cansó de andar; pero al cabo no pudo llegar á ninguna aldea. La nieve se fué amontonando delante de él; el hambre se reunió al cansancio; hacia tres días que no habia comido mas que alguna raiz silvestre: en una palabra, llegó á creerse abandonado de la Providencia; echó á tierra su jaula con el gavilan, se dejó caer al pié de un árbol, ocultó sus manos heladas dentro del pecho, y se

fué quedando desmayado de inaccion. Sin casa ni hogar debia considerarse perdido sin remedio. La nieve seguia cayendo y comenzaba á cercarle por todas partes, como para prepararle su sepultura, cuando un dolor vivísimo le hizo volver en sí por un momento. Era su gavilan que le mordía una oreja. Cree entonces que su pájaro trata de comerle, y fortalecido con esta idea que le infundia terror, vuelve en sí de repente; pero ¿cuál

sería su sorpresa al ver colgado del pico del animal un cuarto de liebre asada, echando humo todavía!... El gavilán con la fuerza del hambre había abierto su jaula y había ido á cojer esta presa al festín de unos carboneros. Entonces conoció *Sin casa ni hogar* que la Providencia estaba muy lejos de querer abandonarle; así pues, le dió gracias hincado de rodillas, y prometió aprovecharse de esta protección del cielo, y conseguirlo todo á fuerza de paciencia. Tan luego como llegó al pueblo mas cercano, se ocupó en trabajar, y el resultado fué la adquisición de una gaita: con esta gaita ganó para un vestido nuevo, y entró alegremente en Lyon, donde le depa-
 ró la fortuna un maestro que no le trató demasiado mal, y con él aprendió á leer, escribir y contar, mediante veinte francos, que pudo economizar de sus ganancias. Hallándose un dia en su acostumbrada tarea de deshollinar, vió á un muchacho de diez y seis años que lloraba á lágrima viva, porque no podía hacer una cuenta que le había puesto su padre. El deshollinador dejó el rascador, le sacó la cuenta al pobre chico en menos de cinco minutos y volvió á su tarea: mas al bajar de la chimenea se encontró con el dueño de la casa, que mirándole de pies á cabeza le preguntó: —¿Cuánto ganas cada mes? —De diez á treinta francos. —Pues bien, vas á ganar cien francos, si quieres quedarte á trabajar en mi casa. Al dia siguiente *Sin casa ni hogar* tenía un hermoso vestido y una linda habitación, entrando á servir de dependiente al dueño de la casa, que era un excelente mecánico. Al llegar á los diez y ocho años ya tenía doble sueldo. No tardó mucho tiempo en perfeccionar una máquina que había inventado su principal, y este le cedió el privilegio, que le produjo cincuenta mil francos. Despues de muerto el padre, se asoció con el hijo, y entre los dos ganaron cien mil escudos. Vaya, ¿á que envidiais ya al deshollinador?

Pues habeis de saber que á la sazón quebró un compañero suyo, y que esta quiebra le arruinó completamente, dejándole otra vez *Sin casa ni hogar*. Pero, ¿á que no sabeis qué hizo al verse en tan reducida situación? Volvió á recurrir al origen de su fortuna, y empezó á trabajar de operario mecánico, siendo tan buen operario, que al poco tiempo llegó á ser maestro, y en lugar de cien mil francos, ganó un millon. Con esta suma se vino á París y pasó de la mecánica á las especulaciones mercantiles. Había llegado á convencerse de que la abundancia excesiva de máquinas arruinaba á muchos trabajadores, y así juró no volver á hacer ninguna, acordándose de su primer estado. Dios ha recompensado tan benéfica idea. En la actualidad cuenta con un capital diez veces mayor, y figura como uno de los principales ban-

queros de París; pero no se olvida de su origen ni de sus desgracias; y la mejor prueba de ello es el haberos convidado á su boda para referiros su vida; porque habeis de saber, hijos míos, que *Sin casa ni hogar* se llama en el dia Mr. Andres J..., y acaba de poner el colmo á su felicidad casándose con la hija del Marqués de V...

—Y esta fortuna la debe solo á sí mismo, exclamó noblemente la señorita de V..., alargando al mismo tiempo la mano á su marido.

Esta confidencia, que no era nueva para la esposa y para los amigos íntimos de Mr. Andres, fué hecha con tanta dignidad y buen gusto, que sus mas altivos convidados se envanecieron al estrechar entre sus brazos al antiguo deshollinador, confundiendo en una sola y común exclamación la voz de los pares de Francia y las de los saboyanos.

—Ahora es necesario que os enseñe, prosiguió el banquero, los instrumentos que me han servido para hacer mi fortuna; y estoy seguro de que os convencereis por vosotros mismos de que aquellos se hallan al alcance de cualquiera.

Todos los que allí estaban siguieron á Mr. Andres á su gabinete particular, donde estaba una grande arca de bronce, dividida en dos partes. Al abrirla dijo aquel:

—¡Allí estan mis millones, y aquí lo que los ha producido!

Se vió efectivamente en la parte superior treinta carpetas llenas de billetes de banco, y en la parte inferior un miserable vestido de deshollinador, un raspador, una gaita y unos zuecos; y además algunos utensilios y herramientas, compases, martillos, limas, etc., que Mr. Andres conservaba con el mayor esmero.

—Agregad á esto, amigos míos, añadió, otros dos instrumentos admirables: la PERSEVERANCIA y la ECONOMIA, y vereis cómo vais formando poco á poco una gran fortuna, cuya primera piedra debe ser esta, si ha de ir bien cimentada.

Concluida esta esplicación, dió un luis á cada deshollinador, y una libreta de quinientos francos sobre la caja de ahorros. Bailaban de alegría los cincuenta saboyanos, y al retirarse exclamaban llenos de verdadero entusiasmo: «Viva Mr. Andres J...»

Desde entonces todos ellos han correspondido dignamente á tan generosa merced, trabajando unos en el comercio y otros en las artes y en la industria, á fin de hacerse con el tiempo millonarios. El mas aventajado de ellos acaba de ganar cinco mil francos con acciones del camino de hierro del norte de Francia. ¿Quién sabe si este llegará á ser tan buen discípulo como su maestro?

REVISTA DE LA SEMANA.

La única novedad dramática que ha habido desde nuestra última revista, ha sido en el teatro del Príncipe, donde fué representada en la noche del 16 la comedia del Sr. Breton de los Herreros, titulada *Errar la voca-*

ción, que no ha obtenido el éxito que era de esperar, atendiendo á las recomendables dotes que adornan á su autor para este género de literatura, en el que no tiene, no solo quien le aventaje, pero ni aun quien con él igualarse

pueda. La mayor parte de los periódicos que se han ocupado de esta pieza, la han visto únicamente por el lado desventajoso, ó para hablar con mas propiedad, han querido exigir de un juguete cómico grandes situaciones y un enredo de mucha complicacion y de contrastes. Porque el público no aplaudió desafortadamente la representacion, interpretando mal su conducta, dijeron que habia formado mal juicio de esta produccion: nosotros, que componiamos una mínima parte de ese público, sabemos que los chistes de *Errar la vocacion* entretienen agradablemente, y que la verificacion armoniosa y la viveza de su diálogo recuerdan á cada paso al inimitable autor de la *Marcela*; y para el público que asiste en este siglo que-jumbroso y desapacible á la representacion de un juguete cómico; algo es reir y oír versos sonoros y ver desarrollado un pensamiento moral.

La ejecucion de esta comedia ha sido buena: los actores del teatro del Principe han tratado al Sr. Breton con la consideracion que merece.

Esto es cuanto tenemos que decir por hoy en cuanto á teatros: la aproximacion del carnaval influye en que este género de diversiones no llame exclusivamente la atencion del público madrileño, y quien mas, quien me-

nos, todos hablan de Villa-Hermosa y piensan solazarse en sus salones, amen de lo que se pueda pescar en las reuniones particulares, en cuyo número se anuncia tambien un baile de trajes en el Real Palacio.

El paseo de Atocha, que tan viva curiosidad habia escitado en los últimos dias, es en la actualidad un objeto olvidado á causa del mal tiempo que tenemos; en cambio parece que son menos graves las *fiebres tifoideas* que en el sentir de algunos, habian venido á la corte desde las provincias.

V á propósito de esta observacion, ahora está sucediendo precisamente lo contrario, con la fiebre de *frenología y magnetismo*, que despues de haber infestado la capital, causando no pocos estragos, se ha corrido á las provincias del mediodia, donde segun el decir de los periódicos, cunde extraordinariamente la epidemia. Este fenómeno no lo extrañamos nosotros, que tenemos la experiencia de lo que ha sucedido y está sucediendo todavia en la corte con *propagadores de la doctrina*; y algunos casos prácticos pudiéramos citar como el del *pobre marido* que representa la lámina, y que podemos asegurar á nuestros lectores, que es un caso, tal vez demasiado práctico.



—¿Qué diablos...! Encuentro aquí dos órganos muy desarrollados... dos protuberancias... Houbre... V. debe ser casado.

—¿Qué talento tienen los frenólogos!! ¡Qué presto lo ha conocido V.

—La ciencia no puede fallar... V. es casado y ha de ser muy buen marido... para su mujer. Tiene muy des-

arrollados los órganos de la FILOGENITURA.

—¿Eh?

—Debe V. tener mucho amor á sus hijos.

—¡Oh! ¡Oh!

—No falla. Apuesto que V. los quiere como si fuesen suyos.

—¡Urr!

En la noche del martes 20 del corriente se cantó por vez primera la bellísima *partitura* del *Bravo*, por los principales artistas del teatro de la Cruz. La música es dulce y sentida; la ejecucion fué muy igual y con su con-

junto admirable. La escena estuvo perfectamente adornada. En la próxima *Revista* nos ocuparemos mas despacio de esta obra del célebre Mercadante.